





EL  
PLAN SUPREMO



EL  
PLAN SUPREMO

JOHN KUMARA

El plan supremo

ISBN 978- 84 -611- 7676- 2

ISBN 978- 84 -617- 1105- 5 Digital

Deposito Legal: CO-1228-2007

Copyright © John Kumara 2017

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicación a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Al papa Francisco:

Tus decisiones van unidas a tu conciencia, ambas son un revulsivo para la fe católica y cristiana. Sin embargo, deberías dar un paso más: aceptar a las mujeres en igualdad de condiciones a la de los hombres, en el seno de la Iglesia de Jesucristo.

JOHN KUMARA

Es cuestión de tiempo, pero al final los dirigentes de la Iglesia Católica reconocerán públicamente el ir y venir de las almas, es decir, la reencarnación.

JOHN KUMARA



Este humilde libro de fuego violeta está dedicado a:

Dios Padre/Madre, a su hijo unigénito el Cristo, y al Espíritu Santo: la Divina Trinidad.

A todas las jerarquías internas y externas del cosmos y a la Gran Hermandad Blanca.

A todos los Maestros Ascendidos y no Ascendidos, discípulos y *chelas* que sirven a la voluntad y al cumplimiento del Plan Divino de Dios.

A todos los que decretan y rezan.

A todos los hijos e hijas de Dios, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

A las principales religiones del mundo: el judaísmo, el cristianismo, el islam, el budismo, el hinduismo, el taoísmo.

Al papa Juan XXIII, un ser inolvidable con sentimientos puros de corazón. Él sólo servía a un amo, a la luz. Si aún viviese siendo Vicario de Cristo, junto al teólogo suizo-alemán Hans Küng, la Iglesia Católica sería otra cosa y la humanidad un mundo mejor y diferente.

Al papa Pablo VI, que no se fiaba de la mayoría de los que le rodeaban por temor. La sombra del Poder del Vaticano lo seguía a todas partes,

espiaba sus pasos y las palabras que salían de su boca. Le faltó el valor de Juan XXIII para seguir adelante con las reformas de la Iglesia, del Concilio Vaticano II. Sabía que cualquier decisión que no fuera del agrado de unos cuantos cardenales de peso, lo podían hacer desaparecer de la faz de la Tierra.

A Juan Pablo I, el Papa bueno que sólo llegó a los 33 días como Vicario de Cristo. Quiso llevar hacia delante las riendas de su amigo Juan XXIII, es decir, las del Concilio Vaticano II. Le sobraba valor, pero la sombra del poder de unos cuantos purpurados y de los que llevan el timón desde el exterior de la Iglesia Católica, le pararon los pies y el corazón. Tomó tres decisiones drásticas que iban a cambiar el rumbo de la Iglesia Católica y la del Imperio Vaticano. Pero no se lo permitieron ni perdonaron...

A la Asociación de Teólogos Juan XXIII, en especial a todos los católicos progresistas excomulgados, la corriente Somos Iglesia. Desde aquí, en un humilde y pequeño rincón de paz y de soledad, aplaudo la encomiable labor emprendida por el presidente y el secretario de dicha asociación, Enrique Miret y Juan José Tamayo, respectivamente.

A todos los cardenales progresistas, en especial al hondureño Madariaga. A Franz König, pionero del ecumenismo, un prelado puro de corazón para la eternidad, un alma enfrentada que plantaba cara a la Congregación para la doctrina de la fe –ex Santo Oficio de la Inquisición–. Y un sinnúmero de cardenales no mencionados que siguen los pasos de estos dos.

A todos los arzobispos que estén en la línea del sudafricano Desmond Tutu, por sus nobles sentimientos y palabras que rozan la divinidad y la perfección espiritual.

A todos los obispos progresistas que están a favor de la Teología de la Liberación, entre ellos citaré a Tomás Balduino, de Brasil; Samuel Ruiz, de Chiapas; Pedro Casaldáliga, un ex prelado español en São Felix de Araguaya (Brasil). Le hicieron la vida imposible a este «Mahatma» a través del poder

del ala ultraconservadora del Vaticano. No he agotado la lista de prelados dignos de mención.

A todos los sacerdotes con buena vocación que se desviven por los más desfavorecidos.

A todos los misioneros y misioneras de las congregaciones católicas, que han sufrido el martirio y la muerte por predicar y ayudar a los pobres oprimidos.

Al político norteamericano Abraham Lincoln, por impartir justicia al abolir la esclavitud.

Al pastor protestante Martin Luther King, que tanto luchó por su sueño: la integración racial y la libertad de su pueblo.

Al pacifista Gandhi, por demostrar su tesón en la no violencia. Su voluntad férrea sigue hoy día traspasando fronteras; un hombre a quien siempre se le recordará por su espiritualidad como «un gran Mahatma».

A la madre Teresa de Calcuta por todo el sufrimiento derramado en pro de los más desfavorecidos.

A esa alma grande llamada Nelson Mandela, que luchó sin tregua por el triunfo de la libertad y la construcción de su país. Es un ser con un fondo político espiritual, capaz de gobernar a la perfección a toda la humanidad sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color. Sus decisiones y soluciones son correctas.

JOHN KUMARA

A mi padre/madre terrenal y hermanos.

A mis familiares.

A los pobres en el espíritu.

A los Derechos Humanos.

A Amnistía Internacional por su constante lucha contra las injusticias.

A la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación).

A Unicef...

A todos los gobiernos y naciones industrializadas; uníos de buena voluntad en la responsabilidad moral de ayudar y compartir con aquellos países o estados pobres el mínimo del 0,7 del Producto Interior Bruto. Colaborad y no os miréis los unos a los otros. Gracias de corazón, a todos aquellos que constituís voluntariamente la Plataforma del 0,7.

A los luchadores por la paz en Oriente Medio, entre judíos y palestinos, y en las demás partes del mundo.

JOHN KUMARA

No presumo de un derroche desbordante de espiritualidad, ni de místico. Soy una persona normal y corriente que sigue puliendo su ego humano. Me considero bastante apolítico. Hace años que no voto a ningún partido; no obstante, sigo siendo sensible y me rebelo alguna que otra vez ante las grandes injusticias de este mundo. Sin embargo, hace años, tomé conciencia y me puse al servicio de la voluntad de Dios para perfeccionar el alma, aquí en la escuela Tierra. Desde entonces, mi corazón me dicta que debo proseguir transmutando o quemando karma negativo, con el fin de acercarme cada día más a la fila de los seres que esperan el ritual de la ascensión, en esta u otra vida. Mi fe, esperanza, voluntad y el amor que sigo sembrando, me llevan de forma lenta pero segura hacia la luz.

Los extremos de izquierda y derecha son negativos para el ser. Las dictaduras, el autoritarismo y el totalitarismo inhiben y humillan la libertad del alma. Tanto el capitalismo como el comunismo fanático o salvaje no tienen hoy en día razón de ser ni de existir. Ambos nunca fueron la voluntad de Dios. Las dictaduras deben democratizarse por el camino pacífico. Los políticos deben ser moderados, flexibles en el ámbito del bienestar social, demócratas en sus ideologías políticas y, sobre todo, deben aprender a ser ángeles de luz, de paz, de compartir, de justicia, de amor divino, de orden y perfección en sus pensamientos, sentimientos, palabras y hechos, ésa es parte de la voluntad de Dios Padre/Madre.

Muchos de los que lean este libro me tacharán de insensato o cosas por el estilo, seguro. Otros me respetarán, me arroparán, y querrán adentrarse e instruirse en los conocimientos místicos de la presente novela.

La fe, la esperanza y la voluntad son el triángulo que en ningún momento debe tambalearse en nuestras conciencias ni en nuestros corazones, de lo contrario nos debilitaríamos espiritualmente y perderíamos nuestra siembra kármica y el rumbo hacia la luz.

JOHN KUMARA



# 1

En el crepúsculo del amanecer sonó el despertador de la mesita auxiliar que Tom Bosak tenía a la derecha de la cama. Con el rostro fruncido y los ojos semicerrados, extendió el brazo derecho y pulsó el botón del reloj. El ruido chirriante e intermitente, ensordecedor, cesó un día más del año.

Eran las siete de la mañana, y como de costumbre se quedaba echado cinco minutos más en la cama, con los ojos medio abiertos y con una expresión de amargura en el rostro. Se levantaba últimamente más cansado de lo que se acostaba.

Desde hacía un tiempo notaba que su cuerpo necesitaba algo así como una reparación, como si se tratase de un coche viejo que anda a empujones y fallando. La causa de su fatiga crónica y de su malestar se encontraba en su trabajo como agente financiero para la empresa Asesores de Bolsa Labson & Burton, una de las más prestigiosas de Nueva York. Vivía en Stanford, Connecticut, alejado de la urbe, en una lujosa casa alquilada de los años treinta, de ladrillo marrón beige, con piscina y un hermoso jardín. Para él era un lugar idóneo donde vivir y descansar del estrés acumulado.

Era sin duda el *broker* más experto de la compañía. Se reunía con otros altos ejecutivos en el amplio y lujoso despacho de la quinta planta, donde reinaba la calma. Cuando surgían operaciones de gran envergadura, Tom era el centro de atención, su cerebro era frío y calculador como el de un ordenador. Él era el que tenía siempre la última palabra.

Se levantó de la cama agotado, fue al cuarto de baño, se afeitó, se puso una camisa azul celeste, el traje azul marino, una corbata azul oscura, unos calcetines de color negro como los zapatos relucientes. No se podía decir

de él que fuera un hombre atractivo, pero era alto, de buena presencia, de unos treinta y cinco años. De frente ancha con una larga y fuerte mandíbula, ojos castaños y pelo negro.

Tom le añadió una cucharada grande de miel a la taza de café humeante que preparó para cargar bien las pilas. Mientras tomaba el café a sorbos, se preguntó, como de costumbre: «¿Me voy en el coche o tomo el tren hasta la Gran Terminal Central, y luego el autobús, o el metro hasta la salida de Broad Street?».

Miró la hora en su reloj de pulsera. Todavía faltaba hora y media para las nueve. «En coche, si cojo caravana se tarda en llegar de hora y media a dos horas; sin caravana, unos tres cuartos o una hora como máximo. Con el tren se tarda casi media hora, y luego el metro... ¡no! Mejor me voy en coche», pensó.

Cerró la puerta de la casa, subió al Audi, arrancó el motor y se dirigió a las oficinas de la calle Broad Street de Nueva York.

Tom Bosak tenía una misión espiritual de trascendental importancia que cumplir en breve tiempo, pero ignoraba su existencia y su magnitud.

A las nueve menos cinco, entraba por la puerta principal de las oficinas de la compañía.

—¡Hola!, Tom... Espera, Tom...

Se volvió en el rellano de la puerta. Miró por encima del hombro y vio a su compañero Jake Lewyn.

Lewyn era un hombre alto, de buena presencia. Tenía 40 años, pelo rubio y ojos verdes.

—¡Qué tal, Tom, buenos días!

—Hola, Jake, buenos días —saludó en un tono frío y apagado—. Un día menos de vida...

Ambos se dirigieron al primer piso por las escaleras.

—¿Estás enfermo? Tienes mala cara. ¿Te ocurre algo?

Tom soltó un suspiro, al tiempo que fruncía el ceño, luego asintió con la cabeza.

—Creo que sí. —Hizo una pausa antes de pronunciar las siguientes palabras—. No sé, la verdad es que no me siento bien desde hace un tiempo... Ya sabes, la tensión que sufrimos cada día frente al ordenador, con los te-



léfonos pegados uno a cada oreja, repitiendo a cada instante: «¡Compra! ¡Vende!», y un cigarrillo tras otro, lo que, lejos de favorecer, nos perjudica más aún. Muchos de nosotros –aclaró moviendo negativamente la cabeza–, padecemos mareos, náuseas, dolor de cabeza, insomnio y otras alteraciones que nos perjudican, fatiga mental crónica, estrés... Los campos electromagnéticos generados por los teléfonos móviles, los ordenadores y los dispositivos eléctricos que nos rodean emiten unas radiaciones de lo más negativo para la salud.

Jake asintió con gravedad.

Hubo un momento de silencio. Tom volvió a suspirar. Al instante le comentó con la expresión del rostro derrumbada:

–Creo que la bolsa ha hecho mella en mi salud.

Jake lo observaba con una expresión aprobadora. Sin dejar de asentir con la cabeza, añadió:

–Es cierto, compañero, este trabajo a la larga nos absorbe la salud. Las ondas electromagnéticas y la energía estática que emanan los ordenadores nos enferman de una forma lenta pero segura...

–Tienes toda la razón –asintió Tom–. Pero lo peor de todo es que lo malo de esta vida se manifiesta con el paso de los años.

–Cierto.

–Hoy estoy algo indispuerto, además mi concentración es pésima. Sólo de pensar en la presión que debo soportar y en las decisiones que tengo que tomar en cuestión de pocos segundos se me envenena la sangre.

–Debes comunicárselo cuanto antes a Jackson –le sugirió Lewyn.

–¿Comunicarle qué? –repitió Tom arqueando una ceja.

–Eso..., tu problema.

Se hizo un incómodo silencio que pareció durar una eternidad.

–No sé cómo le sentará –dijo por fin Tom, con voz apagada–. No obstante, cuando termine la jornada se lo comentaré.

–Espero que no te ponga ningún obstáculo –indicó Jake mirándole a los ojos, al tiempo que le dirigía una sonrisa de aliento, que resultó más bien una mueca de temor que no supo disimular.

–¿Auguras problemas, Jake? –inquirió Tom con el semblante abatido–. Conoces bien a Jackson Scott.

–Bueno... Él es el presidente, es quien manda y encima es tu amigo...  
–balbuceó Jake sin poder remediar los nervios.

–Lo de amigo está por ver –replicó Tom con expresión dubitativa–.  
A la hora de la verdad, las personas solemos tener dos caras.

–¿Quieres decir, Tom, que...?

–Quiero decir –le interrumpió–, que los excesos de confianza son malos, tú ya me entiendes, ¿verdad?

Jake asintió sin vacilación y mirándole fijamente dijo:

–No olvides que eres una pieza clave en la compañía y Jackson no querrá perderte ni siquiera de forma temporal.

Tom asimiló esa información en silencio.

–No me importa lo que pueda pensar Jackson –prosiguió Tom con el ceño fruncido–. Necesito un descanso. No soporto este ritmo, estoy exhausto y hastiado de esta vida.

Algunos compañeros se extrañaron ante su rostro macilento, lo saludaban, pero él les devolvía el saludo forzándose en mostrar un semblante lleno de vitalidad.

–Mira, Tom –dijo Jake en tono conciliador–, no te exasperes, sosiégate, no adelantes acontecimientos.

Tom hizo un gesto de aprobación, lo miró con una expresión dulce en sus límpidos ojos verdes y le manifestó:

–Agradezco de todo corazón tu apoyo y la gran dosis de comprensión que me has demostrado en este momento tan crítico.

–No hay nada que agradecer, Tom, olvídalo –le contestó Jake en tono zalamero. Le dio una palmadita en la espalda y se dirigieron cada uno a sus respectivas mesas de trabajo.

El reloj marcaba las nueve en punto. Tom se quitó la chaqueta, la colgó en el perchero y se aflojó el nudo de la corbata, que tanta ansiedad le producía.

–¡Hola, Tom! ¿Qué tal estás? ¿Todo bien? –El presidente saludó a Tom como de costumbre.

Jackson Scott, era un cincuentón, delgado, pelo castaño y ojos marrones. Sin embargo, su rostro estaba envejecido y surcado de arrugas.

–¡Hola, Jackson! Luego, a las dos, cuando termine la jornada, desearía hablar contigo.

—¿Se trata de algo serio?

—Bueno... —balbuceó Tom—, ya te contaré.

Jackson le sonrió y aprobó con un gesto de cabeza.

—De acuerdo, pero no compres ni vendas en exceso —dijo Jackson medio bromeando camino de su despacho.

Tom hojeó como de costumbre, entre otros, el *The Wall Street Journal*. Sólo se detenía a leer una o dos páginas importantes para valorar la situación antes de tomar decisiones con el corro de operadores de bolsa. Tenía el convencimiento de que el mercado de deuda continuaba al alza. En la sección de bolsa decía: «Los vientos favorecen a la bolsa neoyorquina Wall Street, madre por excelencia de las bolsas. Tres jornadas consecutivas lleva tocando techo, no sólo por el óptimo cierre del *Nasdaq* —el barómetro bursátil de las tecnologías—, que subió un 14 %, sino también por la buena recuperación del 6,7 % en el índice *Dow Jones*. En los mercados asiáticos cunde el optimismo, y se vive una euforia sin precedentes: los índices *Nikkei* y *Hang Seng* de las bolsas de Tokio y de Hong Kong respectivamente, cerraron con números positivos. Las bolsas europeas siguen al alza de forma significativa, y los inversores siguen invirtiendo sin temor alguno tanto en el mercado de bonos, como en los de renta variable y fija».

Dejó de leer, giró la cabeza de derecha a izquierda, levantó las manos, se las llevó al cuello y se dio un suave masaje.

Su mesa estaba repleta de cosas: un bloc de notas, una calculadora, una centralita telefónica, una grabadora y cuatro ordenadores.

Pulsó los botones de los ordenadores y se encendieron las pantallas de los monitores. Tecleó como de costumbre y comprobó las cotizaciones, precios, títulos y acciones reales de la bolsa. Tomó los teléfonos, uno en cada oreja, marcó el número de su compañero Sam Kaplan, el jefe del corro, que desde el parquet recibía las órdenes de Tom. Kaplan cerraba las operaciones bursátiles más delicadas. Sin duda era su hombre de confianza.

Comienza el murmullo en la sala de la bolsa situada en Manhattan, en el número 8 de Broad Street. Sin duda alguna, constituye el eje del mercado de valores del planeta. Posee veinte puestos de negociación, en los cuales figuran veinticinco grupos de operadores. Cada grupo lleva las transacciones de unas doce firmas o empresas. Arriba, en el puesto de negociación,

aparecían apiñados monitores en los que se podían ver los precios de compra y venta de títulos, acciones, bonos... También había un sinfín de pantallas de donde los especialistas obtenían la información de la cotización de los títulos y de los resultados de las operaciones realizadas. El especialista ordenaba al pasante que trasmitiese la orden de las transacciones bursátiles tal y como se iban desarrollando, con objeto de dar liquidez a los valores de compra y venta. Este último se limitaba a pasar toda la información al ordenador central desde el suyo. Al instante, desde el ordenador centralizado se comenzaban a transmitir todas las operaciones y transacciones a los monitores y pantallas de los puestos de negociación. En resumen, todas las operaciones en el mercado de valores quedaban registradas en una base de datos informatizada.

Sonó el teléfono. Sam Kaplan levantó el auricular.

—Sí, dígame.

—¡Hola Sam!, buenos días.

Kaplan, el encargado del corretaje, era bajo y regordete, de grandes ojos marrones, pelo negro y rostro simpático.

—¡Hola, Tom! Buenos días. ¿Qué plan tenemos para hoy?

—Compra un millón de acciones de General Motors a setenta y ocho dólares; ochocientas mil de Crisler Corp. a setenta dólares; trescientas mil de Pepsico Inc. a cuarenta y nueve dólares; un millón de Nokia a cincuenta dólares y setecientas mil de Microsoft a cuarenta y cinco dólares.

—Oye, Tom, veo que hoy apuestas fuerte. ¿A qué se debe?

—Hoy por hoy, el mercado de valores respira de forma optimista —dijo Tom—. También la reactivación económica es un hecho patente; si además añadimos la bajada de los tipos de interés, sin duda todo ello contribuye a crear un escenario muy apetitoso. Todo invita a invertir. Ahora es el momento de ganar dinero, y quien desaproveche esta oportunidad lo lamentará.

—Tom, me gustaría algún día estar a tu altura. ¡De verdad!

—No me hagas la pelota, Sam —le dijo Tom esbozando una sonrisa.

—Lo sabes muy bien, todos sabemos que eres quien mueve Labson & Burton.

—No, amigo Sam —añadió Tom en un tono de profundo afecto—. Sin duda alguna, lo hacemos todos, no lo olvides.

–Bueno –dijo Sam–, si tú lo dices...

«Qué persona más altruista», se dijo Sam.

Se produjo un breve silencio.

–¿Qué se vende hoy, Tom?

–Vende ochocientas mil acciones de Xerox a sesenta dólares; un millón doscientas mil de Apple a cincuenta y dos dólares, y dos millones de Nippon Telecom a sesenta dólares.

–¿Eso es todo de momento?

–Sí, afirmativo; cualquier problema que surja, llámame. ¿De acuerdo?

–Sí, hasta luego –contestó Sam, colgando el teléfono.

Sam y Peter Garbin, un compañero del corro, se dirigieron a Williams Robson, uno de los especialistas. Williams tomó nota, consultó los monitores y se acercó hasta uno de los pasantes del puesto de negociación para que tramitara las órdenes de las transacciones. En breve tiempo dichas operaciones quedaron reflejadas en las pantallas del puesto de negociación, y, simultáneamente, en la base de datos del mercado de valores.

En los puestos de negociación había una muchedumbre apiñada en medio de una gran exaltación. El estrés y la tensión eran evidentes. Cada día unas dos mil quinientas compañías movían más de doscientos sesenta millones de acciones en medio de una atmósfera de efervescencia bursátil que rozaba la locura. Tom examinaba las operaciones de compra y venta de corretaje que habían realizado tal como él había ordenado, así como las demás transacciones que le parecían de interés. Su rostro mostraba inquietud, se estaba poniendo tenso. Se levantó y se pasó los dedos por el pelo.

«¿Qué puedo hacer? No puedo más... –se dijo–. Debo tomar una decisión, necesito dejar esto un tiempo.»

Introdujo la mano en un bolsillo, extrajo una agenda electrónica y marcó el número del gabinete psiquiátrico de la empresa Labson & Burton.

–Consulta del doctor Howard Russell. Dígame –le respondió una voz aguda de mujer.

–Deseo concertar una cita con el doctor Russell y, a poder ser, para mañana.

–Lo siento, pero están cubiertas todas las citas para mañana, y en menos de un mes va a ser imposible, señor...

—Tom... Tom Bosak. Se lo ruego, se trata de un caso urgente, por favor...  
Dígale al doctor que se trata de Bosak.

—Un momento, señor Bosak.

Se produjo una larga pausa antes de que la secretaria contestara.

—¡Mire, señor Bosak! Ha habido suerte. Me acaba de decir el doctor Russell que tiene usted cita para mañana a la una del mediodía.

—Gracias.

—De nada —contestó la secretaria mientras colgaba el teléfono.

Tom se volvió cerciorándose de que nadie lo observara.

«Procura aguantar esta presión», se dijo a sí mismo.

A la una cincuenta y cinco Tom se levantó y se dirigió al despacho del presidente. Dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta.

—Sí, adelante. —Jackson Scott levantó la vista mientras Tom cerraba la puerta con aire de preocupación.

—Hola, pasa, pasa y ponte cómodo. ¿Quieres un cigarrillo?

—No, gracias, no me apetece. Estoy intentando dejar de fumar... No quiero tabaco por nada del mundo.

Jackson encendió un cigarrillo. Pensaba mejor con un pitillo en la mano y después de llenarse los pulmones lanzó unos cuantos anillos de humo.

—Bueno, ¿cuál es el motivo por el que querías verme?

Tom se quedó algo aturdido, con la mirada baja. No sabía cómo empezar.  
«Debo ir al grano», pensó.

—Verás, Jackson, yo necesito ver al psiquiatra. Estoy enfermo...

Jackson pestañeó unos instantes boquiabierto. Luego exclamó:

—¿De verdad?

—Sí, de verdad...

—Un momento —le interrumpió Jackson, en un tono autoritario—. Perdona, pero no te creo ni una pizca —le dijo mientras hacía un gesto uniendo el pulgar con el índice.

—Mira, Jackson, sabes de sobra que soy hombre de pocas palabras y mi principal virtud es la sinceridad. Estoy muy tenso, sufro neurosis e insomnio, me siento muy extraño...

—Los nervios. Es algo normal para un *broker* como tú, Tom.

—Pero lo mío es mucho más serio —replicó Tom levantando un poco el tono de voz al tiempo que suspiraba.

Hubo una pausa. Tom empezó a darse cuenta de que Jackson era más testarudo que una mula, sin duda alguna, un hueso duro de roer.

—Lo siento, sosiégate, lo tuyo es pasajero —le dijo fríamente Jackson.

La expresión lúgubre de Tom era notable, se sentía desengañado, con la moral por los suelos. Tenía otro concepto de Jackson Scott, pero sabía que tenía dos caras. «Creía que era más competente, más comprensivo y más generoso este tipo», pensó.

—No es pasajero. Lo mío es grave, quizá crónico. No puedo concentrarme, me esfuerzo mucho debido a una voluntad mermada y eso es señal de alarma, por consiguiente, necesito ir al psiquiatra.

Jackson sacudió la cabeza con expresión incrédula, y dijo:

—Tú lo que necesitas es una mujer que te quite esas tonterías de la cabeza. Y una buena dosis de heroína para combatir el estrés, no un psiquiatra.

Tom hizo un gran esfuerzo por contener su ira. «Este tipo es un obtuso y un egoísta, lo que más le interesa es asegurar su apestoso culo pegado al sillón y dirigir la empresa Labson & Burton hasta que le salgan canas antes que dar su brazo a torcer. ¡Vaya elemento más podrido!», masculló para sus adentros.

—¿Que diablos mascullas, eh, Tom?

—Nada... —replicó éste en tono disgustado.

—No sé, estás algo mosqueado, ¿verdad? —dijo Jackson echando un vistazo al reloj—. Creo que debes desistir de tal pretensión, Tom.

—Te lo ruego, Jackson, escucha bien lo que te voy a decir. En el hipotético caso de que me viera el psiquiatra y me diera la baja, cuentas con otros de los cientos de *brokers*...

Scott dio unas caladas al cigarro y lanzó una bocanada de humo en dirección al techo haciendo una mueca.

—No, Tom, no cuento ni veo a ninguno, ni creo encontrar un sustituto para ti.

—Pero Jackson...

–Nada, Tom. Procura no creértelo pero quiero serte franco: eres lo mejor que ha pasado por Labson & Burton.

Hubo una pausa. «¡Madre mía! Este tipo me tiene en un pedestal. Soy como una presa enjaulada de su propiedad», pensó Tom.

–A decir verdad, nunca me he sentido superior a ningún compañero.

–Lo siento, pero no quiero que dejes el asiento para otro, ni siquiera temporalmente, hay muchos intereses económicos en juego –prosiguió Jackson–. Ante cualquier error que surgiera estando tú ausente me jugaría el trasero, y la verdad es que le tengo mucho cariño.

–Creo que eres un ser de lo más egoísta y poco humano –le espetó Tom en un tono seco y cortante–. Admítelo.

Una expresión amarga se dibujó en el rostro de Jackson, al tiempo que fruncía el entrecejo.

–¡Sí, lo admito, mierda! Lo que a mí me ocurre es lo que le pasaría a cualquier presidente. Soy de los que se aferran al sillón de mando. Si a eso le llamas tú ser egoísta e inhumano, puede que lleves razón, pero es la única manera de dirigir bien una empresa. Sé que suena mal, pero uno en estas circunstancias debe ser ambicioso, individualista y cruel. –Se interrumpió un momento y luego le recriminó en un tono despectivo–: Pero tú lo que tienes es mucho cuento, admítelo.

–Lo siento, Jackson, me has decepcionado, esperaba más de ti.

–Basta de sermones. Mira, Tom, discúlpame. No es mi intención herir tu sensibilidad. Te subo el sueldo, lo dejamos tal como está y aquí no ha pasado nada, sin rencores. ¿De acuerdo?

–¡No! No se trata de más sueldo –repuso Tom–, sino de mi salud. Y no tiene precio.

Jackson sacudió la cabeza.

–Bueno, no me dejas otra alternativa, Tom.

–No, porque los excesos desequilibran. Y yo sufro una situación que me ha llevado al agotamiento y a la tensión nerviosa.

Jackson perdió de nuevo los estribos y en un tono cargado de ironía exclamó:

–¡Dios mío! ¿Tú cómo sabes que tienes todo eso? ¿No será pereza lo que tienes?



—¡No! Te equivocas —atajó Tom—. Estoy yendo a la consulta del psiquiatra desde hace unos meses y opina que necesito la baja por un tiempo. Y eso es lo que voy a hacer —mintió Tom ante la grosería, las ironías y el desdén que manifestaba el presidente.

Jackson, con el rostro exasperado, reaccionó violentamente y con la mirada iracunda farfulló:

—Si te vas, ya puedes ir buscándote las habichuelas por otro lado. No hay más vuelta de hoja. Métete esto en la cabeza. —Respiraba agitadamente, al tiempo que daba puñetazos en la mesa.

—Hay un refrán que dice que el que mal anda mal acaba —le replicó Tom en tono despectivo—. Espero que no se te olvide.

Sus miradas se clavaron. Tom tuvo ganas de propinarle un puñetazo pero se contuvo. Desvió la mirada, se volvió y salió por la puerta sin mediar palabra.

## 2

El viernes a las doce cincuenta del mediodía, Tom se presentó en la consulta del psiquiatra. Tomó asiento en la sala de espera.

Se abrió la puerta, salió el penúltimo paciente, una señora mayor con el rostro serio, acompañada de su marido.

—Señor... Bosak —anunció la secretaria.

—Sí.

—Pase usted, por favor —indicó ella amablemente.

—Hola, doctor Russell.

—¡Hombre, Tom! —exclamó saludando el doctor Howard Russell. Era un hombre alto, de constitución fuerte, un cincuentón atractivo, famoso y distinguido en el mundo de la psiquiatría.

Ambos se estrecharon las manos y se abrazaron.

—Siéntate, Tom, ponte cómodo en una de las sillas de la mesa.

—Gracias, pero creía que iba a tumbarme en el diván.

—Tratándose de ti es mejor aquí en la silla, frente a mí.

El psiquiatra sonrió, meneando la cabeza, y luego preguntó:

—¿Y, bien. A qué se debe tu presencia en un sitio como éste?

Tom se aclaró la garganta antes de responder.

—Me siento indispuerto y...

—Pero mis acciones y títulos controlados por un *broker* como tú no corren peligro, ¿verdad? —le dijo guiñándole un ojo—. No hagas caso, es broma.

—Bueno, intento hacerlo lo mejor posible.

Howard asintió con la cabeza.

—Lo sé, Tom. A mí, por ejemplo, me has hecho rico en cuestión de cuatro años. Cualquier día dejo la psiquiatría. Pero cuando lo pienso sé que no sería

capaz, me gusta tanto... Bueno, vayamos al grano. ¿Cuál es el motivo de la consulta?

—Creo que sufro un exceso de estrés. Los problemas me están agobiando, por no decir ahogando. Es como si me estuviera volviendo loco; es una sensación superior a mis fuerzas, como una tensión continua difícil de soportar.

—¿Tienes síntomas de fatiga mental o física, angustia, ansiedad, concentración dificultosa, mala memoria, dolores de cabeza, trastornos digestivos, falta de apetito, insomnio, pérdida de vigor sexual...?

—Sí, todo eso —dijo con expresión ansiosa—. ¿Son síntomas de estrés?

—Sí, amigo —afirmó el psiquiatra—, pero no te preocupes porque cortando la mecha se evita la explosión.

—Espero que así sea —dijo Tom con expresión preocupada.

—A propósito, Tom, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Sí, por supuesto.

—No estarás enganchado a algo, ¿verdad? Verás, Tom, últimamente los *yuppies*, ya sabes, los *brokers*, los financieros y otros profesionales, están aficionándose a la heroína, y ya han muerto en lo que va de año cuatro *brokers* por sobredosis.

Tom sacudió la cabeza con aire pensativo.

—¿Sabías que muchos *brokers* y ejecutivos recurren a la droga para sentirse mejor?

«Está claro. Ahora comprendo por qué el inútil de Jackson me dijo que tomara una dosis de heroína. Él la está tomando», pensó Tom.

—Sí. He visto a algunos compañeros extraños últimamente. Creo que es una debilidad recurrir a algo tan peligroso.

—De verdad —dijo el psiquiatra asintiendo con la cabeza.

Algunos *brokers* toman coca, marihuana, chiné... Sin embargo, el arma más poderosa para combatir el estrés es la heroína.

La heroína o caballo, como también se le llama, ha sido por mucho tiempo la droga de la parte de la sociedad más pobre, y ha pasado de los suburbios a los despachos más suntuosos de los altos ejecutivos de finanzas, abogados, empresarios y *brokers*.

Los *yuppies* frecuentan diariamente el Veterans Park, muy cerca de la

bolsa de Wall Street, lugar estratégico donde los camellos esperan impacientes la llegada de los *yuppies-yonkis* para venderles la mercancía, cocaína o caballo. Los *brokers* prefieren fumarse un chino de heroína a la hora de colocarse, excepto los enganchados que se la inyectan en las venas directamente. Así es como hacen frente al estrés, aliviando el cansancio mental y la fatiga emocional. La heroína hace que se sientan grandes y poderosos hasta el punto de creerse que son invulnerables ante la fatiga, los fracasos y derrotas. Esta droga los mantiene frescos y enérgicos para afrontar los problemas y el trabajo, pero sin embargo, a veces resulta catastrófico, en el caso de caer enganchados no hay vuelta atrás. Muchos de ellos mueren por sobredosis, sucesos trágicos que ocurren con frecuencia.

El doctor Russell, después de una larga serie de preguntas y tras una prolongada pausa, había subrayado lo más importante a tener en cuenta e hizo el diagnóstico.

—¿Cuál es el diagnóstico? ¿Es grave? —preguntó Tom, impaciente.

El psiquiatra advirtió en la mirada de Tom una gran ansiedad.

—Padeces el *síndrome de Burn-out*, o lo que es lo mismo, el *síndrome de estar quemado*.

—¿Puedes explicarme la manifestación sintomática de todo ello? —le preguntó Tom.

—Bien, la sintomatología del *Burn-out* son agotamiento emocional, fatiga física y psíquica, estrés crónico, voluntad mermada, apatía, frustración y deseos de aislarse del mundo externo. Toda persona atrapada por el *síndrome de estar quemado* siente en lo más profundo de su ser que el trabajo lo desborda; por consiguiente, siente una marcada aversión hacia él. Sufre de insomnio o sueño ligero, poco reparador. Con respecto a la memoria, olvida con facilidad lo que ha pensado, lo que iba a escribir, lo que iba a decir e incluso olvida nombres propios. En cuanto a su capacidad intelectual, tiene dificultades para concentrarse, para hablar y comprender lo que se le dice, y el ejercicio mental lo empeora. Todo tipo de profesionales, abogados, estudiantes, profesores, cantantes, músicos, *brokers*, empresarios, médicos, militares, banqueros, policías, periodistas, *yuppies* y cualquiera que tenga un trabajo burocrático y administrativo, en una oficina, son candidatos con predisposición a padecer el *síndrome de Burn-out*. ¿Te has identificado con el conjunto de síntomas, Tom?

—Sin duda alguna —afirmó Tom—. Todo lo dicho me va como anillo al dedo, hablando en plan negativo.

—Bien —prosiguió el doctor Russell—, es muy importante aprender a evitar todos los factores negativos que desencadenan la tensión nerviosa, el agotamiento cerebral, el estrés emocional, porque de alguna manera conducen al *síndrome de Burn-out*. El cebo o la carnaza para pescar el *síndrome de estar quemado* son aquellas actividades que exigen el sumergirse en preocupaciones y en una extrema concentración, y todo lo que implique un exceso de trabajo mental, así como viajar, trasnochar y la falta de ejercicio físico. Sin embargo, el peor estrés aparece al absorber aquellas emociones negativas que de alguna manera quedan reprimidas y nos bloquean la mente, la voluntad y generan un desequilibrio en las células de nuestro cuerpo en general. —Hizo una pausa y añadió con expresión reflexiva—: Pero no olvidemos los factores que desencadenan múltiples perturbaciones mentales originadas por diversas penas silenciosas y ocultas. Los remordimientos de conciencia producen una ansiedad de conciencia terrible que atormenta y tortura día a día a quien lo padece. El pesimista desesperanzado tiene la autoestima por los suelos y no ve salida por ninguna parte, porque lo ve todo oscuro. Los obsesivos con resentimiento de rencor y deseos de venganza. Celos ofuscados e injustificados. Ideas fijas con sentimientos y pensamientos persistentes que ruedan en la cabeza. Todo ello crea la más negativa represión y el peor de los bloqueos de la energía vital y, a no ser que se transmuten o liberen las emociones nocivas que hemos absorbido desde la infancia, estaremos viviendo como enfermos y perderemos la llave del restablecimiento de la salud, el equilibrio y la armonía de vivir.

Tras una pausa el doctor Russell continuó:

—¿Has comprendido lo que significa y lo que genera el estrés crónico, a pesar de que me haya extendido un poco, Tom?

—Desde luego —asintió Tom. Tras un momento de silencio, preguntó—: ¿Tienes un tratamiento específico para curarlo?

Se produjo un incómodo silencio durante el cual el doctor Russell chasqueó los labios y miró hacia el techo con expresión dubitativa mientras se acariciaba el poblado bigote. Luego añadió:

—No puedo responder con un sí, pero, de médico a paciente, te diré con toda confianza que nuestro tratamiento va dirigido a la supresión de los síntomas de la enfermedad, pero de ninguna manera restablece la salud del enfermo.

Tom asintió con el entrecejo fruncido, ante la respuesta del doctor.

—¿El yoga es bueno para equilibrar las emociones y los síntomas del *Burn-out*? —preguntó Tom.

—Sí —afirmó el psiquiatra—. El yoga es la mejor terapia para todo ello y para eliminar el estrés en general y algunas disfunciones mentales, pero es importante complementarse con la medicina alternativa, como por ejemplo la homeopatía unicista, y con los neurotransmisores. Ya te explicaré en qué consiste.

Tom asintió con la cabeza.

Por último, quedaba especificar la voluntad.

—¿Fumas, Tom?

—No, ya no.

El doctor extrajo un cigarrillo Marlboro, lo encendió y lanzó varios anillos de humo con expresión de placer. Luego prosiguió:

—Quiero que aprendas un poco de la palabra «voluntad». Creo que te vendrá bien. No olvides que el subconsciente se comporta como una esponja absorbente que retiene las emociones negativas, las cuales interfieren en la reflexión y el razonamiento equilibrado.

»La voluntad se refuerza diariamente adiestrándola y ejercitando su elasticidad, y para ello es importante tomar conciencia en todo momento de nuestro razonamiento positivo en base a los pensamientos, sentimientos, palabras y actos. Hay que acostumbrar la mente a digerir, filtrar y transmutar todas aquellas emociones negativas que puedan incidir o parasitar en nuestro subconsciente. Simplemente se trata de dejar pasar o retener lo positivo de aquello que no nos interesa, y poner una barrera de seguridad que haga de filtro para impedir que las impurezas se instalen en nosotros. No hay que olvidar que una vez que éstas invadan y se incrusten en el subconsciente de aquellas personas hipocondríacas, sugestivas o con una autoestima baja, será muy difícil barrerlas o expulsarlas, y más aún si fueron cultivadas en la infancia. De no liberarse, la mente y el cuerpo sufrirán un grave desorden.

«Yo he estado esforzando el cerebro, obligándome a estar en constante tensión nerviosa, mi subconsciente ha sido bombardeado sin barrera o filtro alguno. Con razón mi voluntad se ha deteriorado», pensó Tom.

–Bien, amigo –dijo el psiquiatra–, voy a recetarte algunos fármacos para que duermas mejor y algún ansiolítico para calmar la ansiedad, pero no los tomes.

–¿Que no los tome? ¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Tom con expresión dubitativa.

–Quiero decir, entre tú y yo, que son dañinos para la salud y además crean hábito.

–Ya... –asintió Tom.

–Con estas recetas vas a la farmacia y te darán unos medicamentos que luego los echas por el retrete –le dijo el doctor Russell–. Se trata de cumplir. Ya sabes, quien hace la ley hace la trampa. ¿Comprendes ahora?

–Sí, claro –dijo Tom sonriendo.

El psiquiatra preparó el informe con el diagnóstico, *síndrome de Burn-out*, y con el mismo solicitaba la baja de un mes. Y luego lo firmó.

–Toma, Tom. Con este parte de baja te presentas en las oficinas Labson & Burton y asunto arreglado –le dijo jovialmente–. Era eso lo que querías, ¿no?

Tom asintió con un gesto de agradecimiento y preguntó:

–Y en cuanto al tratamiento...

–Tu tratamiento será el siguiente –explicó el doctor–. Tomarás una cápsula de tres miligramos de una hormona llamada melatonina media hora antes de acostarte y dos tabletas de seiscientos miligramos del aminoácido triptófano, una al levantarte y otra media hora antes del almuerzo. Todo ello lo podrás adquirir en herboristerías o tiendas de dietética.

El doctor Russell bostezaba y se restregaba los ojos. Su semblante se apagó debido al cansancio.

–Hace un tiempo leí en una revista científica algo así como que la hipersecreción de adrenalina y de histamina en el torrente sanguíneo repercutía en una hiposegregación o disminución de la serotonina y de la hormona melatonina. ¿Qué función y efectos tienen sobre el cuerpo en general –quiso saber Tom.

—La serotonina es un neurotransmisor, una sustancia vasoconstrictora que se encuentra en la sangre y en otras células, pero su mayor concentración está en el hipotálamo. Su función y efectos son mejorar la memoria, la concentración, disminuye el estrés, aumenta el deseo sexual, disipa la ansiedad, y produce bienestar. Dicho sea de paso, decirte que el aminoácido triptófano es un precursor natural de la serotonina.

—¡Qué interesante! —exclamó Tom en un tono lleno de júbilo—. Sí, no cabe duda de que este tema es sumamente instructivo.

El doctor Russell asintió al mismo tiempo que se sonaba la nariz, y luego dijo:

—Vamos a terminar hablando abreviadamente de la melatonina.

—De acuerdo...

—Bien, en base a la serotonina, la melatonina es una hormona segregada por la glándula pineal. Como si de un termostato se tratara, se encarga de la regulación de las demás hormonas y de que el cuerpo esté sano y lleno de vitalidad. Sin embargo, hacia los cincuenta años comienza a atrofiarse, produciéndose una hiposecreción de dicha sustancia. En dichas circunstancias, la persona que tenga estas deficiencias se viene abajo al igual que se marchita una flor. Ella es la responsable de la longevidad, cuando la segregación es normal y equilibrada, y de la vejez y la enfermedad cuando se distrofia.

»La melatonina la toman como suplemento las personas mayores para cubrir las posibles deficiencias y así poder seguir frenando la vejez, los desequilibrios hormonales y la enfermedad. De esta forma se restablece la normalidad de la energía vital dentro de las reservas que posea cada individuo.

—¿Qué efectos tiene la melatonina? —preguntó Tom.

—Si no es muy crónico el estrés, éste es neutralizado de forma radical, al igual que el *síndrome de Burn-out* o *síndrome de estar quemado*. La persona se siente más sosegada, la angustia y la ansiedad se esfuman. Facilita un sueño profundo y reparador, el insomnio termina por desaparecer... Eso es todo, amigo Tom —explicó el psiquiatra con el rostro agotado.

Hubo un silencio.

El doctor Russell irguió el cuello y lo movió haciendo rotaciones. Luego se frotó las rodillas con las manos. Se le habían entumecido.



–Es más de lo que esperaba –dijo Tom–. Estas dos horas me han servido de mucho.

–Nunca me extiendes tanto dando explicaciones exhaustivas a mis pacientes –dijo el doctor Russell esbozando una sonrisa–. Contigo he hecho una excepción.

–Ya me he dado cuenta –contestó Tom–, y te agradezco el detalle.

–No tiene la menor importancia tratándose de ti.

–Me gustaría hacerte una pregunta indiscreta.

–Puedes hacerla con toda confianza.

Se produjo un breve e incómodo silencio para Tom, luego dijo en un tono de voz amigable:

–Creo que lo de psiquiatra ortodoxo no va contigo, sobre todo, a la hora de recetar.

–Estás en lo cierto –admitió el doctor Russell–. Rechazo totalmente la medicina oficial. –Tras una breve pausa explicó–: Soy muy consciente de que los fármacos no curan, más bien tratan los síntomas de la enfermedad. No obstante, no creas que a todos los pacientes les receto o, mejor dicho, les recomiendo medicinas alternativas como a ti. Tú eres una excepción, al igual que unos cuantos pacientes más.

–Y bien, ¿qué se entiende por curar? –inquirió Tom con expresión dubitativa.

–Se entiende por curar lo que hace, por ejemplo, la homeopatía, aquella que restablece la energía vital del enfermo dándole más importancia a los síntomas mentales y generales que a los físicos o particulares. Únicamente entonces se puede decir que se ha restablecido la salud del enfermo. Y no tratando la manifestación sintomática de la enfermedad al margen de la mente, porque eso no puede llamarse restablecimiento de la salud sino, más bien, una supresión sintomática de la enfermedad o del síndrome.

Tom asintió con el entrecejo fruncido y pasándose una mano por el cabello preguntó :

–¿Entonces los fármacos, la medicina galénica es supresora?

–Sí, así es, Tom –afirmó el psiquiatra en aparente tono de crítica mientras lo miraba con una expresión desilusionada–. Además, dañan la salud, no

olvidemos sus efectos secundarios, contraindicaciones, incompatibilidades, intoxicación y su yatrogenia.

«Con razón me dijo hace un momento que tirara los fármacos por el retrete», pensó Tom.

—Por desgracia, no puedo ser tan sincero con todos los pacientes como contigo —prosiguió el psiquiatra—. No obstante, hay unas reglas, unos intereses y un juramento que debo cumplir por encima de todo. —Tras una pausa de pensativo silencio añadió con énfasis—: Está feo que lo diga, pero siempre que se pueda, los enfermos deberían recurrir a las medicinas alternativas, y como último recurso a la medicina convencional.

—Lo comprendo perfectamente, Howard —dijo Tom en un tono de sincera aprobación—. ¿Entonces qué medicina es la que cura y restablece la salud?

El psiquiatra se encogió de hombros, y tras una breve pausa dijo:

—Debo reconocer que la homeopatía unicista es la clave del restablecimiento de la energía vital del enfermo. La acupuntura y la naturopatía son muy efectivas para recuperar la salud. Sin embargo, la medicina ortomolecular en megadosis —moléculas derechas—, que es la que trata con vitaminas, minerales, aminoácidos y neurotransmisores, es sin duda la que restablece las deficiencias bioquímicas del organismo.

—¿La medicina ortomolecular se opone también a los intereses de los laboratorios y de las farmacopeas multinacionales? —quiso saber Tom.

—Sin duda alguna —admitió el psiquiatra—. Por si una de aquéllas, el colegio médico o mis propios compañeros se enterasen de que yo receto, aunque sea en casos aislados, medicinas alternativas naturales, podría costarme el título y la carrera.

—Ya... —dijo Tom—. Y para terminar, ¿qué consejo me podrías dar con toda confianza?

—Sólo dos: vive con lo justo y deja tu trabajo.

—¿Por qué vivir con lo justo? —repitió Tom.

—Porque no es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita —repuso el psiquiatra en un tono simpático—. Medita sobre ello y verás que es muy cierto.

Tom asintió pensativamente.

—Bien, eso es todo —dijo el doctor Russell, al tiempo que se levantaba de

su mullido sillón, y tras un gesto dio por concluida la consulta. Instantes después acompañó a Tom hasta la puerta, los dos se estrecharon la mano cálidamente.

–Ha sido un placer tenerte en la consulta –le dijo el doctor en un tono de profundo afecto–. Confío en que volveremos a vernos dentro de un mes.

–Sin duda.

–Bien, amigo Tom. Cuídate mucho. –Se despidieron finalmente con un abrazo–. Hasta pronto.

–Hasta pronto, Howard.

### 3

Al día siguiente era sábado y, como de costumbre, Tom estaba sentado con las piernas cruzadas en la cama leyendo una novela de ciencia-ficción. La lectura lo sumía en un profundo sosiego que llenaba todo su ser. De pronto, se intensificó su deseo de viajar a la India. Dicho pensamiento hacía tiempo que rondaba su mente. Cerró el libro. «¿Por qué no? Sería una estupenda aventura, un mes entero disfrutando de los palacios, los monasterios, las ciudades sagradas y el arte culinario hindú», se dijo. «Mi mente me lo agradecería. Meditaría en los monasterios, en las orillas de los ríos y en las cavernas de los montes. Eso es paz espiritual. Estaría por un tiempo exento de obligaciones y problemas cotidianos», pensó, exultante de júbilo. Entonces sonó el teléfono.

—¿Sí? Dígame.

—Hola, Tom, ¿cómo estás, cariño? —dijo Patricia Ross con ternura.

Patricia y Tom eran novios desde hacía dos años.

—Bien. Medio bien... —respondió él en un tono frío y apagado.

—¿Por qué dices medio bien? ¿Ocurre algo?

—No, nada, amor mío. Sólo un pequeño problema. Ya te contaré —se apresuró a decir.

—Bueno, como quieras. ¿A qué hora te viene bien pasar a recogerme para cenar?

Tom miró su reloj.

—Son las siete. ¿Te parece bien a las nueve?

—Perfecto.

—Ponte guapa. Necesito comerte, cariño.

—Ya, pero tú ponte elegante y levanta ese ánimo.

–No te preocupes. A tu lado se esfuman las vibraciones negativas y todos los problemas.

–Así me gusta, Tom. Hasta luego. Un beso.

–Un beso amor mío... Te quiero, princesa.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Dos horas después Tom se presentó con su Audi en Manhattan, en Cedar Street, 55th. Aparcó el coche en el lugar que acostumbraba para recoger a su novia, a la que esperaba abajo escuchando la radio. Vivía en el ático, en un precioso y lujoso apartamento. Se había puesto un traje de lino beige, camisa de algodón celeste y corbata azul marino. Tenía el pelo peinado hacia atrás y estaba recién afeitado. Ella lo consideraba un hombre muy apuesto.

Vio venir a Patricia Ross, en dirección al coche.

Tenía veintiocho años, pero aparentaba unos pocos más. Su cuerpo era esbelto; era alta, de piel clara y oscuros cabellos rizados; su mirada era un puro reflejo de tonalidades azuladas. Llevaba un traje marrón y una blusa que hacía juego con los zapatos.

–Hola, Patricia. ¿Qué tal, cariño? –la saludó con entusiasmo.

Ella se quedó un instante contemplándolo.

–Tienes el atractivo subido –le dijo ella tras cerrar la puerta.

Sus labios carnosos se unieron a los de Tom al tiempo que se abrazaban y se acariciaban con fervor. El murmullo de la calle se desvaneció por un momento.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Tom–. Me has encendido...

–Ya, pero primero la cena, cariño, y luego apagaremos el fuego –dijo ella en un tono cargado de ironía.

Tom asintió sin dejar de mirarla, y dijo:

–Espero que no tengan que acudir los bomberos antes de hora.

–Tu sentido del humor me encanta –dijo después de guiñarle un ojo.

Tom arrancó el motor, puso la primera y apretó el acelerador, las ruedas chirriaron dejando marcas negras en el asfalto.

–Bien, ¿dónde te gustaría ir a cenar?

—¿Te parece bien al restaurante chino al que fuimos hace un mes? ¿Sabes a cuál me refiero?

—Desde luego.

Tom frecuentaba y comía con asiduidad en los restaurantes chinos e hindúes; de hecho, había aprendido lo suficiente como para mantener una conversación chapurreada en chino e hindi.

Al cabo de diez minutos llegaron, aparcó el coche muy cerca del restaurante. Se dirigieron a la puerta, donde una joven mujer de rasgos orientales y con una sonrisa en los labios les daba las buenas noches. Se sentaron en un rincón bastante acogedor. La clientela más bien parecía selecta; el local estaba lleno, pero se respiraba tranquilidad. Un murmullo suave se mezclaba con la fluida música oriental.

Abrieron la carta, la examinaron, hicieron algunos comentarios respecto a algunos platos. Apareció el camarero y se marchó con el pedido de dos ensaladas con germen de soja, un plato de costilla agri dulce, otro de pollo al bambú y dos cervezas.

Patricia contempló el rostro de Tom y le dijo:

—A propósito, cuéntame el pequeño problema que me comentaste por teléfono, respecto a tu trabajo.

—¡Ah!, sí claro. La verdad es que llevo un tiempo, como bien tú sabes, padeciendo de estrés crónico, a consecuencia de la presión.

—¿Y bien?

—El jueves pasado le comenté a Jackson que el viernes tenía que visitar al psiquiatra y reaccionó de muy mala manera.

—¿Qué te dijo?

Tom se aclaró la garganta y dijo:

—Que me buscara las habichuelas en otro lado si visitaba al psiquiatra para conseguir la baja.

El camarero sirvió los platos y la bebida y se retiró.

—Me dijo que me subía el sueldo —prosiguió Tom—, y que me dejara de psiquiatras. Yo le contesté que se trataba de mi salud, y a cada momento replicaba con sarcasmo, ironías y desdén, y encima entraba en cólera, con el rostro exasperado como si fuera una fiera salvaje, sin escrúpulos.

—Y, a todo esto, ¿ya has conseguido la baja?

—Sí. El lunes me presentaré por la oficina y la entregaré.

—¿Qué te ha diagnosticado el psiquiatra?

Tras una pausa, Tom se llevó la mano a la barbilla, se la acarició y en vez de responder, le preguntó:

—¿El *síndrome de Burn-out* te suena de algo?

—Sí, se trata del *síndrome de estar quemado*. —Hizo una pausa y añadió—: Un sinnúmero de trabajadores lo están sufriendo, sin embargo lo desconocen.

—Exacto, llevas toda la razón —dijo Tom moviendo la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Bueno, con la baja seguirás cobrando, lo malo será la vuelta al trabajo, ¿no es cierto?

Bosak asintió con una expresión de tristeza en la cara.

—Estoy preocupado. Creo que Jackson me hará la vida imposible.

—No tienes motivos para estarlo. Estás haciendo lo que debes hacer y punto. No le des más vueltas, cariño.

Tom movió negativamente la cabeza, mientras tomaba un trozo de costilla agridulce.

En ese instante apareció el camarero, recogió los platos y se marchó con el pedido de los postres, dos flanes con nata.

Patricia contempló el rostro tenso de Tom, y decidió cambiar de conversación.

—¡Qué atractivo estás esta noche! —dijo sonriendo con su dulce mirada—. Tienes el guapo subido.

El rostro de Tom cambió como de la noche al día. El sosiego y la paz quedaron reflejados en su semblante y exclamó:

—¡Oh, cariño mío! Eres un sol que me ilumina el camino...

Patricia no pudo contener la risa y se esforzó por guardar la compostura.

—Tom, eres un cielo diciendo piropos. Algunas veces eres más gracioso...

Tras un prolongado silencio, sus miradas se encontraron. Sus labios, se iban acercando. Sus bocas algo desconcertadas chocaron, se besaron al tiempo que sus manos se buscaban afanosamente entre los cubiertos. Ambas se encontraron y se asieron entre caricias. Por un momento perdieron la noción del tiempo y del lugar donde cenaban. Al rato volvieron en sí.

—¿Desean tomar café o té, por favor? —preguntó el camarero.

–No –dijeron al unísono.

–Tráiganos la cuenta, por favor –le dijo Tom.

Al instante, el camarero volvió con la cuenta. Tom pagó y dejó una suculenta propina, el camarero volvió a sonreír dando las gracias.

–¿Quieres que nos vayamos, cariño? –le preguntó Tom a Patricia, mientras le guiñaba un ojo–. Estoy deseando abrazarte.

–Sí, ya –respondió ella con una pícaro sonrisa.

Cuando abandonaron el restaurante a las once menos diez, la noche se había vuelto fría y silenciosa. Se dirigieron al coche.

–Tom, nunca subes a mi apartamento –le recordó ella en un tono de reproche–. Sólo te limitas a esperar abajo, excepto cuando quieres hacer el amor.

–Sabes que tengo pánico a las alturas. Yo no soy capaz de vivir en un segundo y menos en un ático.

–Entonces, ¿por qué subes? ¿Eh?

–Porque a nadie le amarga un dulce como tú.

Ella ríe por lo bajo.

–Tengo dos sorpresas para ti que se convierten en dos promesas que debemos cumplir –dijo Tom, de pronto, en tono afable.

El semblante de Patricia resplandeció.

–Sí, ¿cuál es la primera?

–Hacer el amor contigo.

–¿Dónde? ¿En qué sitio?

–En tu apartamento, si es lo que tú quieres.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

–¿Y la segunda sorpresa? ¿Qué es? –quiso saber ella.

–Un viaje a la India.

–¡Oh!, Tom, me encantaría viajar a ese país –exclamó ella arqueando las cejas.

–Lo sé... –dijo esbozando una sonrisa.

–Pero ahora que me acuerdo... Ya sabes, estoy trabajando –dijo amargamente, mientras le miraba de reojo–. Me es imposible viajar contigo, Tom.

Él se quedó pensativo.

–¡Maldita sea...! –masculló para sí ella con una expresión desolada.



—Al parecer, el destino no se pone de acuerdo con nosotros, ¿verdad Tom?

Éste enmudeció sin saber qué decir mientras su expresión preocupada quedaba congelada. Tras un prolongado silencio recuperó el habla y titubeó:

—Si tú no viajas conmigo yo tampoco lo haré sin ti.

—No, eso tampoco, Tom —dijo ella en un tono de voz débil.

—Bueno... Será mejor que dejemos el tema para después de la cama, ¿no te parece, cariño?

—Mejor será —dijo encogiéndose de hombros.

—A decir verdad, el viaje me apasiona. Siento un miedo inmenso a tener que volar, pero no me queda más remedio...

Patricia cabeceó con expresión meditativa. Alzó la vista hacia la bóveda celestial y se quedó contemplando el vasto e infinito firmamento de estrellas brillando con armonía y sosiego. Sin embargo, las calles de Nueva York parecían adustas, como si el peligro acechara en cualquier esquina.

—¿Te gusta Nueva York? —preguntó ella.

—No mucho.

—¿Por qué?

—La veo lúgubre y una ciudad muy sola, a pesar de lo grande que es. Sin duda es insegura e injusta con los débiles.

—Tienes razón —dijo ella—. Aquí, tanto tienes tanto vales, eso es lo que prima.

Por las calles vagabundeaban los indigentes buscando restos de comida en los contenedores de basura. Otros estaban alrededor de un buen fuego o yacían en el suelo durmiendo a la intemperie con sus sábanas y mantas de cartón.

Tom frenó el Audi, se paró en seco, dejó la palanca de cambio en punto muerto, con el motor al ralentí, oprimió la tecla del cierre de seguridad de las puertas, por si las moscas, y bajó el cristal de la ventanilla casi un palmo. Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un fajo de billetes de diez dólares, sacó la mano por la ventanilla y agitándola se aventuró:

—¡Eh! ¡Vosotros! Acercaos, acercaos —gritó. Mientras seguía agitando la mano.

Los pobres desamparados que se estaban calentando se volvieron y miraron extrañados. Algunos de los que estaban durmiendo se incorporaron algo desorientados frunciendo el ceño.

–Venid, sólo quiero ayudaros –les decía Tom en un tono de ternura y bondad–. Dinero, amigos, es para vosotros. ¿Lo queréis? –Su mano seguía agitando los billetes

–Siento en mi corazón una cierta compasión. No lo puedo remediar.

–Tom, comparto tu buen corazón y tu humildad –le dijo Patricia farfuleando con una expresión de horror–. Pero esto no me gusta nada.

–No temas, por el amor de Dios, sosiégate Patricia, no va a suceder nada malo.

–De acuerdo –asintió ella con una expresión de incertidumbre en la cara. Entrecerró los ojos y agachó la cabeza.

Los indigentes se miraron atónitos y, murmurando, se acercaron con cautela sin perder de vista el fajo de billetes.

«¡Oh! ¡Dios mío! Señor, que no nos ocurra nada malo a Tom y a mí», se dijo asustada.

Mientras los pobres se acercaban por delante del coche hasta la ventanilla, un frío y nervioso estremecimiento le bajó por la columna vertebral y por las piernas. Tom respiraba entrecortadamente, las descargas de adrenalina eran intermitentes.

Varias manos se apresuraron a arrebatarse el fajo de billetes de la mano.

Tom metió el brazo antes de que lo alcanzaran y se apresuró a subir el cristal a tope. Lo bajó apenas unos centímetros para impedir que metieran las manos.

–Un momento, por favor, amigos –dijo Tom–. Este dinero es para que os lo repartáis. Debéis compartirlo como buenos hermanos. De no ser así no os doy ni un dólar.

Se oyeron unos murmullos de aprobación.

–Bien, colocaos en fila –ordenó Tom–. Necesito saber cuántos sois en total.

–Somos doce –confirmó una voz.

Tom contó el fajo de billetes, había trescientos sesenta dólares, una apreciable cantidad para convertirla en limosna.

—Escuchadme bien, tranquilizaos, hay para todos —dijo Tom en un tono afable—. No os empujéis, por favor.

—No se preocupe, señor —dijo el primero de la fila al tiempo que asía un palo—. A unas malas yo los mantendré a raya.

—Toma, treinta dólares —le dijo Tom al primero—. Y asegúrate de que nadie se meta de nuevo en la cola.

El indigente asintió con la cabeza, su semblante se tornó eufórico mientras tomaba en sus manos los treinta dólares.

Luego se limitó a vigilar y a poner orden.

Tom repartió los treinta dólares por cabeza hasta el último de la fila.

Los indigentes dieron las gracias repetidas veces a Tom y a Patricia. Mientras unos se volvían a calentarse en las hogueras, otros se fueron en busca de un bar abierto para darle satisfacción al paladar y al estómago.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Tom rebotando de felicidad.

—Me siento profundamente satisfecha al ver sus tristes rostros llenos de alegría y felicidad.

Tom metió la primera y se dirigieron a cumplir la primera promesa. «Nueva York —pensaba mientras conducía—, una de las ciudades más grandes del mundo, y quizá la más rica, donde se miran cara a cara la felicidad y la amargura, el amor y el odio, la ropa elegante de los ricos y los harapos malolientes de los más pobres, los grandes edificios lujosos y los suburbios de las chabolas de miseria. Pero, sin duda, lo que más llama la atención es el peso de la extrema opulencia y el de la indigencia donde muchos no tienen ni siquiera un techo donde vivir, tan sólo logran patinar y resbalar, no consiguen engranarse en una sociedad injusta. Los días se hacen largos, sólo son felices cuando duermen o se emborrachan, cuando sus conciencias borran de sus mentes el infierno que sobrellevan. Cuando sus ojos se abren por la mañana sus miradas reflejan la tristeza, la amargura y el sufrimiento.

»Cuatro cosas echan de menos: un chorrito de agua para lavarse, un pedazo de pan, un buen fuego para calentar su cuerpo entumecido y una botella de vino que les haga olvidar el sufrimiento que cada día les persigue. Y si existe una obsesión en ellos no es la de ser ricos, porque saben de antemano que nunca lo lograrán, sino la de morir cuanto antes y, a poder ser, mientras duermen, para no verle la cara a la muerte.

»Algunos no soportan la vida que llevan y se suicidan sin más contemplaciones. La mayoría de los pobres ya no sueñan ni se hacen ilusiones, son muy realistas, no dudan en que la vida les ha jugado una mala pasada. Saben que el objetivo de la riqueza nunca lo abrazarán, que sólo son esclavos de la desdicha y de la soledad. Entre ellos, los hay que piensan y exclaman a los cuatro vientos que esta vida es toda una mentira y que no existe ningún misterio, ni vida después de la muerte. Sin embargo, otros piensan y albergan en sus conciencias que la culpa del *karma* de la vida que llevan se debe a sus vidas anteriores. Los hay que creen que esa forma de vivir, como perros callejeros, es una maldición. Otros lo achacan al abandono del hogar, a las injusticias de una sociedad fría y distante a la que le falta corazón, que no tiene sentimientos, o, a la que no le importan porque los problemas de los demás son ajenos a ellos; una sociedad en la que no hay amor verdadero ni intención de compartir ni compasión ni misericordia hacia los más desfavorecidos hermanos e hijos de Dios.

»El ser humano necesita querer y que lo quieran, tener una familia, amistades sanas, sentirse imprescindible en el buen sentido de la palabra. De ese modo se integra y se engrana uno mejor en la sociedad.»

Tom detuvo el coche en el arcén y paró el motor, se apearon y se dirigieron al apartamento de Patricia.

—¡Oh, no! —exclamó Tom al tiempo que Patricia abría la puerta del ascensor—. No, cariño, yo subiré por las escaleras. Espérame arriba, en el ático.

—El ático está a unos ochenta metros de altura, Tom —dijo secamente ella—. No te das cuenta de que vas a llegar exhausto...

Tom la miró con expresión abatida.

—No pasa nada, son de lo más seguros estos ascensores. Anda, sube ya de una vez, Tom —dijo ella en un tono desesperante—. Por favor, entra, te lo ruego.

Tom entró cabizbajo, con pavor. El ascensor los dejó en el ático, Patricia abrió la puerta del apartamento y entraron.

Tenía una superficie de ochenta y ocho metros cuadrados. Estaba muy bien cuidado y decorado, todas las paredes estaban pintadas de un beige que hacía juego con las cortinas de flores.

—Ponte cómodo, Tom, a ver si se te pasa el mal rato... —dijo ella en tono amable—. ¿Qué te apetece beber? ¿Quieres un whisky con mucho hielo, cariño?

Tom movió la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Toma. Tal como a ti te gusta, con mucho hielo —dijo con una sonrisa en los labios mientras se sentaba a su lado con un vaso de licor de melocotón.

Tom tomó un sorbo de whisky que pareció reanimarle el semblante. Se relamió los labios. La miró con profunda admiración. Ella le sostuvo la mirada. Él extendió el brazo y puso el vaso en la mesa sin dejar de mirarla mientras le acariciaba la cara. Se acercaron poco a poco, sus bocas se encontraron. Tom la abrazó, ella le rodeaba el cuello con los brazos y de los besos apasionados con la boca abierta pasaron a otras caricias. Se dejaron caer encima de una alfombra persa. Él la desnudó en cuestión de segundos, luego se quitó los pantalones y los calzoncillos, ella le despojó de la camisa.

Ambos rodaron por el suelo abrazados entre jadeos y ternezas, susurrándose palabras románticas. Se puso encima de ella y la penetró suavemente. Patricia empezó a jadear de placer.

—¡Te quiero! Tom, te quiero, amor mío. Te quiero para siempre...

—Yo también te quiero —dijo él jadeando a pulmón abierto.

El clímax les vino al unísono. En este aspecto sincronizaban como dos relojes.

Al instante se levantaron y encaminaron sus pasos al cuarto de baño y se dieron una buena ducha.

—Me gustaría viajar a la India contigo, Tom —comentó ella—. Pero el problema es que estoy trabajando, y no es tiempo de vacaciones.

—Lo sé —repuso él con aire pensativo.

—Pero tú, Tom, tienes pensado viajar casi un mes, ¿no?

—Así es...

—Y yo, como mucho, puedo pedir quince días anticipados —dijo encogiéndose de hombros.

«Quince días es muy poco tiempo, pero bueno», pensó ella.

—No te preocupes, Patricia. Asegúrate el lunes a ver si la empresa te anticipa quince días de las vacaciones.

–Perfecto –dijo ella con un chasquido en los labios.

Tom consultó el reloj de la muñeca y frunció el entrecejo. Era la una de la madrugada.

–Tom, se me olvidaba decirte que mañana domingo tengo que viajar. Voy a ver a mis padres. Si quieres puedes acompañarme.

–Prefiero descansar. Ya sabes que no me van las visitas.

–Ya, se me había olvidado, cariño.

Tom tomó a Patricia en sus brazos, su beso fue apasionado y posesivo.

–Hasta el lunes y dale recuerdos a tus padres de mi parte.

–De acuerdo, se los daré. ¡Ah! Y no olvides llamarme el lunes para que te confirme los días que me anticipa la empresa.

–Descuida –dijo él.

## 4

Dos días después, el lunes por la mañana, a las nueve, Tom Bosak entraba por la puerta de la compañía. Se dirigió a su departamento. Vio a su compañero Jake Lewyn. Lo saludó:

—¡Hola, Jake!

—¡Hola, Tom! ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

—Regular —dijo—. ¿Sabes que el jueves tuve problemas al exponerle a Jackson...?

—Sí, lo sé —le interrumpió Jake—. A decir verdad está pero que muy enfadado contigo. Te necesita. Sin ti no se halla.

—Bueno, pero ése ya no es mi problema —repuso Tom con una sonrisa indulgente—. Estoy de baja y pienso descansar por un tiempo.

—Los esfuerzos mentales nos pasan factura más pronto o más tarde.

Tom asintió con la cabeza al tiempo que vio por el rabillo del ojo acercarse a Jackson Scott. Simuló estar distraído.

Jackson saludó y Tom, girándose, le devolvió el saludo.

—¿Has venido a trabajar? ¿O a presentar la baja? —preguntó Scott con tono despectivo—. ¿Has tomado una decisión inteligente... o te has hundido a ti mismo?

El tono de voz provocativo, seco y autoritario le estaba agriando la sangre a Tom.

—He venido a entregar la baja —dijo éste con voz tensa.

Jackson frunció el entrecejo. Le dirigió una mirada iracunda. Respiró hondo y le dijo en un tono cargado de desdén:

—Muchacho, acabas de perder tu empleo tal como te dije. Ya no me interesas, estás despedido sin paliativos.

«¡Con este intransigente es imposible dialogar!», pensó Tom. Y con filosofía y retórica le replicó:

—Quien a hierro mata, a hierro muere. Es muy probable que termines trabajando en un camión de recogida de basura, que es para lo único que sirves.

Jackson, con el rostro exasperado, se abalanzó sobre Tom gritando e insultándole:

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! Te voy a romper los sesos.

Tom se puso en guardia y lo derribó de un puñetazo en la nariz. Jackson yacía en el suelo aturdido y gimoteando de dolor.

Tom volvió a levantar el brazo con el puño cerrado en un arrebato de ira incontenida.

—No, no, por favor, no me pegues más, te lo suplico —repetía Jackson protegiéndose la nariz con una mano mientras extendía el otro brazo con la palma abierta para que cesara.

Tom se contuvo apretando los dientes.

—Toma la baja. —Se la introdujo en el bolsillo del pantalón y añadió—: Espero que la próxima vez seas más respetuoso conmigo, de lo contrario podría enfadarme de verdad y perder los estribos.

—De acuerdo —convino Jackson con voz trémula, mientras se levantaba y se dirigía cabizbajo al lavabo para limpiarse el rostro ensangrentado.

Nadie de la compañía vio con malos ojos a Tom. Se alegraban de que alguien hubiese metido en cintura al presidente, ya que a la mayoría los trataba con un desaire que rayaba la humillación.

—No era mi intención llegar a tal extremo —comentó Tom mirando a Lewyn—. Te echaré de menos, Jake.

—Cuídate mucho, Tom. No olvidaré lo buen compañero que has sido —le dijo mientras se estrechaban las manos.

Lewyn intuía que no volvería a estar junto a Tom. Le guiñó un ojo. Tom le devolvió el guiño sonriendo, camino de la puerta.

Tom salió por la puerta principal del edificio de Asesores de Bolsa Law-son & Burton.



Se dirigió a una agencia de viajes situada a media manzana. Mientras caminaba por la acera se dejó arrastrar por el gentío que discurría de un lado para otro. «Viajar a la India, ahora es el momento. Al infierno con Lawson & Burton y su presidente –pensó–. Por fin me he liberado de ese chupasangre. Estoy libre de obligaciones, tensiones y de problemas cotidianos. Pero cuando venga de retorno y pasen los treinta días de baja, ¿qué haré? ¿A dónde iré a buscar trabajo? A la bolsa le tengo aversión al igual que a seguir siendo *broker*. Cualquier trabajo en la calle antes que volver a una actividad estresante.»

Entró en la agencia de viajes.

–Hola, buenos días –dijo Tom, al tiempo que tomaba asiento.

–Buenos días, señor...

–Bosak, Tom Bosak.

–¿Desea viajar?

–Sí, a la India –se apresuró a decir.

–¿A qué parte de la India, señor Bosak?

–A Calcuta, a Benarés, al Nepal y al Tíbet.

–El Tíbet está prácticamente prohibido a los turistas, señor Bosak –le recordó ella mirándole a los ojos–. Desde la invasión de China, salvo algunos lugares de poco interés permitidos por el ejército.

Los chinos y tibetanos estuvieron en guerra. Ahora están enfrentados y enemistados por conceptos ideológicos, culturales, políticos y religiosos totalmente antagónicos. Un país enorme y poderoso que ha extirpado casi por completo el núcleo espiritual del planeta Tierra.

–No obstante, a título informativo –prosiguió ella–, Ladak es hoy considerado el pequeño Tíbet. ¿Estaba informado?

–Sí, por supuesto –dijo Tom.

«Tengo que llamar a Patricia. Necesito cerciorarme. Debo saber si puede o no viajar conmigo», pensó él.

–Si no me equivoco, a usted le debe interesar el siguiente itinerario –dijo ella en un tono de voz amable–. Salida del aeropuerto JFK en vuelo chárter, con escala en el aeropuerto Internacional Heathrow de Londres, de allí a Calcuta, a Benarés cuando quiera y, por último, a Katmandú, que es la capital de Nepal.

—¿Este itinerario me lleva en línea recta de un punto a otro? —preguntó Tom.

—Sí.

—¿Qué días hay vuelo?

—Los jueves y los sábados —hizo una pausa tras la cual preguntó—: ¿Qué día desea viajar usted?

—Para el jueves. Pero antes necesito hacer una llamada para aclarar...

—Por supuesto, llame señor Bosak —le dijo mientras le indicaba con el dedo índice el teléfono.

Tom marcó el número de las oficinas del periódico *USA Today*, donde trabajaba Patricia como secretaria del jefe de publicidad, Mark Lambert.

—¿Sí? Dígame...

—Hola, Patricia. Soy yo. ¿Te han anticipado parte de las vacaciones?

—Sí, pero sólo diez días, cariño... —dijo ella con la voz rota.

—¡Oh! ¡No! —exclamó él frunciendo el ceño.

«¿Pero a dónde vamos a ir con tan pocos días? Así no da gusto viajar. Pero no puedo decirle que no», pensó.

—Bueno, cariño, no importa —dijo finalmente él en tono tranquilizador—. Salimos el jueves, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, cariño...

—Te espero en el restaurante Status. Almorzaremos juntos después del trabajo.

—Perfecto, cariño, un beso —dijo ella despidiéndose.

—Otro para ti, amor mío.

Tom colgó el auricular y compró los billetes para el jueves. Pagó con la tarjeta *Diners Club*. Tomó los billetes y una guía de viaje de la India para ir leyendo la información de los consejos prácticos y las condiciones generales a tener en cuenta en el viaje. Cruzó el umbral de la puerta, salió a la calle, se subió a un taxi y pidió que le llevara al restaurante Status.

Status era un restaurante punto de reunión de la clase más pudiente. Tanto la fachada exterior como el interior eran de un lujo fuera de lo común. Sus puertas y ventanas eran de madera de haya tallada. El suelo era de pla-

quetas de silicio blanco azulado. Las mullidas alfombras y cortinas orientales contribuían a realzar el confort y el alarde.

Tom entró en el flamante restaurante. Se sentó en una mesa al fondo. La mayoría de las caras le eran familiares.

—Hola, señor Bosak. Buenas tardes.

—Buenas tardes —le devolvió el saludo al camarero.

—¿Qué va a tomar, por favor?

—Un zumo de uva con hielo.

—Muy bien.

Tom se limitó a observar a la gente. Veía expresiones sonrientes y otras amargas. A unos seis metros contempló cómo un cliente le daba al camarero una propina que a los más pobres y desfavorecidos les haría sonreír de alegría.

«Las sonrisas y los cumplidos de los camareros son tan grandes y ficticios que llegan a molestarme», pensó Tom.

Su semblante se tornó adusto y enardecido al contemplar cómo dos clientes de edad madura lanzaban miradas lascivas a una jovencita de unos veinte años. «No soporto a la gente descarada», pensó. Todo ello lo había visto normal durante mucho tiempo atrás. Sin embargo, ahora le repugnaban algunos principios de urbanidad calculados y premeditados, como si se tratara de tablas de las que había que hacer uso según las circunstancias con tal de gustar, de vanagloriarse para sobresalir o ser el centro de atención.

Tom estaba abstraído, con la mirada en el vacío reflexionando: «Mucha de esta gente con toda seguridad van al sol que más calienta. Viven la vida lo mejor posible a costa de parasitar y esquivar los caminos espinosos con tal de no sufrir ni empobrecerse. Algunas veces se oye el comentario: está la vida tan mala, difícil y dura que si me agarro a un clavo ardiendo no me quemo. Paso por encima de quien sea y hago lo que sea con tal de asegurar mi porvenir, porque el mundo no está para andarse con rodeos. No cabe duda de que el ego, la codicia, y la falta de honor frenan nuestra evolución espiritual».

—Su zumo, señor Bosak —dijo interrumpiendo el estado absorto en el cual estaba sumido Tom.

—¡Oh sí, claro! Gracias —dijo Tom mientras se restregaba los ojos con la palma de la mano izquierda. Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo unos dólares y los depositó en el platito de plástico junto a la factura. La simpatía del camarero se desvaneció al no ver propina alguna.

Tom tomó conciencia de la falsedad de algunos camareros: si les das una gratificación para recompensar el servicio sonrían como un perro faldero; si no les das, su expresión se retrae y se torna gris.

«Pienso que unas monedas le hacen más falta a un pobre de la calle que ni siquiera finge sonreír, que a estos camareros», se dijo.

Tom estaba pasando por estados críticos de conciencia, día tras día reflexionaba del sinvivir, los ruidos, las prisas, las responsabilidades, las obligaciones, la imagen y la sociedad de consumo, todo un círculo vicioso en el que gira una generación tras otra, pero que últimamente iba a más.

«Todo discurre más rápido, existe en el intelecto de los seres un mar de dudas con respecto a dónde vamos a parar si la vida sigue tal como va. Los gobiernos dan apariencia de inestabilidad como si el control se les fuera de las manos —pensó—. Existe mucha corrupción. Muchísima gente se conforma con lo justo para el sustento de la familia; sin embargo otros quieren más y más, ansían acumular bienes y dinero porque el ego y la codicia les corroe como un cáncer.

»Algunos comentan que la vida son cuatro días —pensaba ensimismado—. Pero yo pienso que este mundo es un laberinto con sendos caminos, que la verdad sólo tiene uno, siendo éste muy espinoso y lleno de adversidades.

»Todos tenemos el libre albedrío de hacer lo que queramos en la vida —pensó de nuevo—, pero allá cada uno con las consecuencias del *karma*, de la ley causa-efecto y del *dharma*.

»Yo quiero andar por el camino recto, pero necesito que alguien me guíe y oriente, porque creo que tengo un mar de dudas —se dijo—. Me siento extraño en esta vida, pero intuyo que hay algo más de lo que nuestros ojos ven. Además pienso y creo que la quintaesencia de la verdad suprema no puede encontrarse a nivel objetivo, sino a nivel subjetivo.

»Espero encontrar en la India un poco de luz para disipar mis dudas –se dijo de nuevo–, para que mi intuición, mi voluntad y mi conciencia sepan no sólo escoger el único y verdadero camino, sino también no salirse de él, para no ir al sol que más calienta, y así evitar pasar por encima de las personas con engaños, parasitando, robando y matando.»